

ILMO SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE

REPUBLICA DE CHILE  
PRESIDENCIA  
REGISTRO Y ARCHIVO

92/9636

30 ABR 92

Tengo el honor de dirigirme a Vd. para mostrarle mi preocupación y la de muchas otras personas por lo que está ocurriendo en Quinquén, Comuna de Lenquimay, IX Región de Chile.

A:  
P.A.A.  
R.C.A.  
F.W.M.  
P.V.S.  
E.D.E.C.  
M.Z.C.  
**ARCHIVO**

La pretensión de la Sociedad maderera de talar un bosque virgen de Araucarias y expulsar a los verdaderos dueños de esas tierras: los Mapuche pewenche, que vivieron en armonía con esa tierra desde mucho antes de que los colonos europeos se atrevieran a soñar con un Nuevo Mundo, nos parece horrendo a aquellos que como Vd. e como yo, nos llamamos defensores de un mundo digno para todos los seres vivos.

El hombre tardó muchos millones de años en llegar a ser hombre, humano. Las araucarias de Quinquén tardaron también sus siglos y siglos, exigiendo el aire y dando amparo y alimento a los mapuche. ¡Los mapuche! Un pueblo del que cualquier chileno, cualquier humano debería sentirse orgulloso, porque no abundan hoy los pueblos que hayan llegado a vivir en perfecta armonía con su mundo natural, respetando los ciclos de la naturaleza. Los mapuches son sabios como la Araucanía en la que viven.

Sr. Presidente, ruego a Vd. y a su gobierno, ahora que se acerca el V Centenario del Descubrimiento de esa hermosa y sufrida América, defienda los derechos del pueblo mapuche contra la oligarquía maderera expoliadora de los escasos bosques vírgenes que nos quedan en el planeta. Ruego a Vd. sepa hacer valer los derechos del pueblo de Chile reconociendo al pueblo mapuche como propietario del bosque de araucarias de Quinquén. Confío en que así lo hará, conquistando así ese puesto de honor entre los grandes hombres, no sólo en la historia de Chile, sino también en el corazón de muchas personas del mundo que como yo, jamás olvidamos a los hombres justos.

Ferrel a 19 de noviembre de 1.991

GALICIA-ESPAÑA

Pero Caupellicán llegó al tormento.

Ensayado en la lanza del suplicio,  
entró en la muerte lenta de los árboles.

Arauco replegó su ataque verde,  
sintió en las sombras el escalofrío,  
clavó en la tierra la cabeza,  
se agazapó con sus dolores.  
El Toqui dormía en la muerte.  
Un ruido de hierro llegaba  
del campamento, una corona  
de carcajadas extranjeras,  
y hacia los besques enlutados  
sólo la noche palpitaba.

No era el dolor, la mordedura  
del volcán abierto en las vísceras,  
era sólo un sueño del bosque,  
el árbol que se desangraba.

En las entrañas de mi patria  
entraba la punta asesina  
hiriendo las tierras sagradas.  
La sangre quemante caía  
de silencio en silencio, abajo,  
hacia donde está la semilla  
esperando la primavera.

Más hondo caía esta sangre.

Hacia las raíces caía.

Hacia los muertos caía.

Hacia los que iban a nacer.

PABLO NERUDA